

JULIÁN CASANOVA  
FRANCISCO ESPINOSA, CONXITA MIR  
Y FRANCISCO MORENO GÓMEZ

---

*Morir, matar, sobrevivir*  
*La violencia en la dictadura de Franco*



La violencia no fue una consecuencia de la Guerra Civil, sino que era parte esencial del plan de los sublevados y lo siguió siendo de la dictadura de Franco hasta su hora final. Más allá del recuento de las víctimas, este libro, surgido de la colaboración de cuatro investigadores, transformará nuestra visión de medio siglo de la historia de España. Julián Casanova lo inicia con una valoración global del papel que desempeñó el terror en los cuarenta años de dictadura. Francisco Espinosa pone al descubierto el plan de exterminio que inspiraba el golpe militar y analiza su sanguinario desarrollo. Conxita Mir nos muestra cómo, una vez terminados los combates, el terror se usó como un instrumento de control social de los vencidos, esto es, de la mayoría de los españoles. Y, finalmente, Francisco Moreno estudia la resistencia opuesta por huidos y guerrilleros. Lo que aquí se nos ofrece no es, pues, un aspecto negro del franquismo, sino la trama de sombras que le da pleno sentido.

Para Josep Fontana.

## Presentación

**L**A DICTADURA DE FRANCO siempre guardó el honor para los vencedores y el horror para los vencidos. Convirtió la guerra civil en una experiencia traumática para todos los derrotados y, todavía muchos años después, para cientos de miles de personas que no la habían sufrido.

No resulta fácil olvidar el franquismo, sus miles de asesinatos, sus humillaciones, torturas y violaciones sistemáticas de los derechos humanos. Pero, precisamente por las mismas razones, hay también muchos que no quieren recordarlo o que manejan esa historia de infamia en su propio beneficio. Las mentiras y distorsiones, la memoria de vencedores y vencidos, han coexistido en los últimos años con avances sustanciales en el conocimiento histórico. Afortunadamente, ya no hay versiones oficiales de ese pasado y la mayoría de los historiadores profesionales hemos repudiado las ideas que sustentaron el edificio propagandístico de la dictadura.

La violencia fue la médula espinal de la dictadura de Franco. Como demuestra Francisco Espinosa en este libro, la singularidad de la sublevación militar iniciada el 17 de julio de 1936 residió en su firme decisión de exterminio rápido del oponente. Los golpistas actuaron desde el primer momento con la convicción de que cuanto más dura y cruel fuera la represión y más gente se viera involucrada en ella, más fácil sería lograr los objetivos de derribar la República

*y de destruir de raíz las bases sociales del sindicalismo y de los partidos de izquierda.*

*En menos de un mes, desde el 17 de julio al 14 de agosto de 1936, los militares sublevados avanzaron desde Melilla a Badajoz. Los pueblos y ciudades que se resistieron fueron sometidos a verdaderas razias. Los cadáveres se amontonaban en las calles; los cines, las plazas de toros y los barcos servían de prisiones. Las operaciones militares de exterminio duraron casi tres años, confundidas y justificadas por una guerra civil que se había iniciado con la intervención armada de un sector del ejército frente a la República.*

*La larga paz incivil que siguió a esa guerra constituye el tema primordial de este libro. Nuestra intención es explicar la estrecha conexión que en la posguerra existió entre la represión política y el control social sobre los vencidos. Los tribunales militares y civiles dejaron su impronta en la vida cotidiana, en la esfera privada de disidentes, marginados y pobres. Por medio de esa represión y control social, se dejó aniquilado y sin respuesta al «enemigo interior».*

*Fue en las comunidades rurales, tal y como subraya Conxita Mir, donde la represión y el ajuste de cuentas mostró su cara más cruel, donde más ostensible se hizo la diferencia entre quienes tenían el poder y quienes lo sufrían. Muchos abandonaron su lugar de nacimiento porque no soportaron el acoso ni la convivencia con los verdugos de sus familiares y amigos. Las mujeres de las víctimas de la represión quedaron al frente de hogares deshechos y padecieron especialmente las consecuencias de la disgregación de muchas familias, con los varones muertos, en la cárcel o en el exilio.*

*Más allá del relato de la violencia y del recuento de víctimas, Conxita Mir explora la implicación de la sociedad civil en el entramado de terror, control y marginación social que la dictadura de Franco tejió sobre los derrotados en la guerra civil. La colaboración ciudadana con la justicia militar*

*y ordinaria, animada y recompensada por las autoridades, consiguió extender de forma arbitraria la sombra del castigo sobre miles de hombres y mujeres inculpados a causa de falsas denuncias. Bajo ese clima de terror «legal» e institucionalizado, la violencia contra los vencidos no se limitó a los encarcelamientos o a las ejecuciones. La represión tuvo también otras caras: intimidación, extorsión, vigilancia permanente y cotidiana, hambre, subsistencia, moral católica, acosos sexuales, violaciones y misoginia. Era esa una España vigilada, silenciada, en la que espiar y delatar al otro se convirtió para muchos en el primer acto político de compromiso con la dictadura.*

*Así las cosas, la protesta social abierta resultaba imposible. Hubo, sin embargo, quienes no se resignaron a salir derrotados. Se negaron a entregarse, se escaparon de las cárceles y de los campos de concentración. A partir de abril de 1939, según relata con detalle Francisco Moreno, el contingente de huidos, un fenómeno ya extendido durante la guerra en las zonas ocupadas por los militares sublevados, fue en aumento. De ahí salieron los primeros guerrilleros.*

*La primera resistencia de esos huidos, y de todos aquellos que no aceptaron doblar la rodilla ante los vencedores, dio paso gradualmente a una lucha armada más organizada que copiaba los esquemas de resistencia antifascista ensayados en Francia contra los nazis. En esa década de los cuarenta, unos siete mil maquis participaron en actividades armadas por los diferentes montes de la geografía española. Sin la ayuda real de las potencias democráticas, poco pudieron hacer frente al poder militarizado y absoluto de los vencedores franquistas.*

*Un plan de exterminio y una justicia posbélica inclemente y calculada. Este libro, escrito por reconocidos especialistas de la guerra civil y del franquismo, destaca, por encima de cualquier otra consideración, el compromiso de los vencedores con la venganza, con la negación del perdón y*

*la reconciliación, así como la voluntad de retener hasta el último momento el poder que les otorgó las armas. Los vencedores en la guerra decidieron durante años y años la suerte de los vencidos a través de diferentes mecanismos y manifestaciones del terror. En primer lugar, con la violencia física, arbitraria y vengativa, con asesinatos in situ, sin juicio previo. Después, con un terror institucionalizado y amparado en la legislación represiva del nuevo Estado.*

*Ese Estado de terror, continuación del Estado de guerra, transformó la sociedad española, destruyó familias enteras e inundó la vida cotidiana de prácticas coercitivas y de castigo. Así se levantó el Estado franquista y así continuó hasta el final, aunque evolucionando, mostrando caras más amables, selectivas e integradoras. La represión, como han demostrado sólidos y variados estudios, no fue sólo un fenómeno de la posguerra o de los primeros años de la dictadura franquista.*

*El conocimiento histórico nunca es políticamente neutral. Y tampoco son neutrales las interpretaciones que en estas páginas se transmiten, basadas en muchos años de investigación y en el diálogo permanente con otros historiadores. No hay una única visión del franquismo y los autores de este libro hemos adoptado en nuestros escritos diferentes enfoques. Compartimos, no obstante, la determinación de impedir que los herederos de la victoria franquista blanqueen todavía más su pasado, el pasado más violento y represivo que ha conocido nuestra historia contemporánea. El desafuero cometido por la dictadura de Franco fue demasiado grande para ser olvidado.*

JULIÁN CASANOVA  
Zaragoza, enero de 2002

PRIMERA PARTE

Una dictadura de cuarenta años

por  
Julián Casanova



## 1

## La paz de Franco

**L**A MAYORÍA DE LAS GUERRAS civiles acaban con la victoria aplastante de un bando sobre otro. Si se repasa la historia, y los conflictos que perduran en la actualidad, podrá comprobarse además que las victorias militares en las guerras civiles van casi siempre acompañadas de masacres, genocidios, abusos impunes de los derechos humanos y otras mil atrocidades. Los combatientes en una guerra civil están tan comprometidos con la causa y los intereses por los que tomaron las armas que resulta muy difícil llegar a una paz negociada.

Si las guerras son así, no es extraño, por lo tanto, que la reconstrucción económica y la reconciliación política encuentren tantos obstáculos en las posguerras. Lo más común es que los vencedores traten de liquidar al adversario vencido, incluidos amplios sectores de la población civil que nunca fueron al frente. La venganza y el recuerdo de los familiares caídos ciegan, al menos por un tiempo, las posibles vías hacia el olvido y el perdón<sup>[1]</sup>.

Aunque siempre se considere una peculiaridad de la historia de España, la guerra civil española no fue, ni mucho menos, la única que tuvo lugar en aquella Europa que, desde 1914 a 1945, en las tres décadas más turbulentas de su historia, presenció el derrumbe de sus tres grandes impe-

rios, la formación de varios estados nuevos, dos guerras mundiales, varias revoluciones frustradas y una triunfante y el ascenso y caída de los fascismos. Finlandia, Rusia, Irlanda y Grecia sufrieron las atrocidades asociadas a la guerra civil y otros países, como Hungría, pasaron también por períodos cortos de confrontación militar interna.

Esas guerras civiles combatidas en Europa no fueron sólo el resultado de rivalidades político–militares entre dos contendientes. En todas ellas hubo un conflicto profundo en torno a cómo estabilizar el orden social en tiempos difíciles. Fueron, sobre todo, crisis sociales con rasgos manifiestos de conflictos de clase, nacionalistas, étnicos y religiosos. Todas esas guerras conservan todavía una carga emotiva en los países que las sufrieron, donde el recuerdo, el olvido o la memoria se cruzan en debates y conmemoraciones.

Los historiadores solemos repetir que las guerras civiles son el fruto de la acumulación de problemas irresueltos y que entre sus causas siempre hay factores estructurales (de largo alcance) y otros inmediatos. Pero eso no es decir mucho. Porque una situación de conflicto interno, de luchas y tensiones, con más o menos violencia, no tiene necesariamente por qué producir una guerra civil. Y, por el contrario, encontramos sociedades que pasaron sangrientas guerras civiles sin que aparentemente se dieran los ingredientes básicos para provocarlas. De ambas situaciones hay casos bien ilustrativos en la historia europea de la primera mitad del siglo xx.

Finlandia, por ejemplo, carecía de esos antecedentes de conflicto y violencia que parecen hacer inevitable una guerra civil. Bajo control ruso desde las guerras napoleónicas, tenía Finlandia su propio parlamento desde 1906, fue el primer país de Europa en el que votaron las mujeres y el primer país del mundo (en 1916) en el que los socialistas llegaron al poder a través de la vía parlamentaria. Pero la caída de la autocracia rusa en marzo de 1917 acarreó el de-

rumbe de la autoridad imperial en Finlandia e introdujo un período de confusión y debate respecto al futuro de la nación. Tras la revolución de noviembre de ese mismo año en Rusia, las disputas entre los «rojos», defensores de la revolución, y los «blancos», que enarbolaron la bandera de la independencia, dieron paso a una guerra civil a comienzos de 1918. Aunque duró sólo tres meses, fue cruel y sangrienta como pocas.

Hubo otras muchas naciones que estrenaron independencia como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y de la revolución rusa. Salvo Irlanda, que no dependía de ninguno de los imperios en desintegración, ninguna de ellas sufrió una guerra civil. «Causas» para ello le sobran, por ejemplo, a Checoslovaquia, a la que la Conferencia de Paz de París le dejó como legado varios cientos de miles de húngaros en Eslovaquia y casi tres millones de alemanes en la parte checa. Pese a ello, no sólo mantuvo su independencia sino también la democracia, mientras que la mayoría de sus estados vecinos sucumbían a diversos tipos de autoritarismos de derechas<sup>[2]</sup>.

No existe una fórmula exacta, por lo tanto, para averiguar por qué algunas sociedades se ven abocadas a la guerra civil y otros países solucionan sus profundos conflictos internos por medios pacíficos. Además, ninguna de aquellas guerras civiles europeas se produjo sólo por causas «internas». Las presiones internacionales y la dependencia exterior fueron factores primordiales en Finlandia y Grecia. Tuviron menos relevancia en España, donde la guerra civil fue la consecuencia rápida e inmediata de un golpe de Estado fallido, pero, aun así, una vez que el conflicto estalló, su continuación y la solución final dependieron cada vez más de la ayuda extranjera. Las condiciones internacionales determinaron, en suma, el destino de esos países en guerra.

En los tres casos, y de ahí la relevancia de esta comparación, la intervención externa inclinó el balance hacia los

vencedores y en los tres casos los vencedores fueron las fuerzas de la reacción. Así ocurrió en Finlandia en 1918, en España en 1939 y en Grecia diez años más tarde<sup>[3]</sup>.

## LA ESPAÑA DIFERENTE

Lo que vino después de esas guerras es lo que nos interesa ahora como tema de comparación y como punto de partida de este libro. La dictadura de Franco fue la única en Europa que emergió de una guerra civil, estableció un Estado represivo sobre las cenizas de esa guerra, persiguió sin respiro a sus oponentes y administró un cruel y amargo castigo a los vencidos hasta el final. Hubo otras dictaduras, fascistas o no, pero ninguna salió de una guerra civil. Y hubo otras guerras civiles, pero ninguna resultó de un golpe de Estado y ninguna provocó una salida reaccionaria tan violenta y duradera.

En la larga y sangrienta dictadura reside, en definitiva, la gran excepcionalidad de la historia de España del siglo XX si se compara con los otros países europeos capitalistas. Es verdad que España, al contrario que Finlandia y Grecia, nunca pudo gozar del beneficio de una intervención democrática internacional que bloqueara la salida autoritaria tras el final de la guerra. Pero conviene destacar por encima de cualquier otra consideración el compromiso de los vencedores con la venganza, con la negación del perdón y la reconciliación, así como la voluntad de retener hasta el último momento posible el poder que les otorgó las armas. Los militares, la Iglesia católica y Franco pusieron bastante difícil durante décadas la convivencia. Sus actitudes y la de otros muchos protagonistas que aparecerán por estas páginas, hicieron de España, en efecto, un país diferente.

A la guerra civil española le siguió una larga paz incivil. Esa es la diferencia más relevante entre la guerra civil española y otras guerras civiles del mismo período que desem-

bocaron también en la victoria de las fuerzas del orden y de la reacción. Con esas guerras, y no con los fascismos, que nunca vivieron una posguerra, conviene comparar la violencia consumada por la dictadura franquista.

En Finlandia, como pasó después en España y en Grecia, la revolución salió derrotada frente a la contrarrevolución. El terror blanco se desató sobre la clase obrera después de la victoria. Según Anthony F. Upton, el terror blanco se manifestó de tres formas diferentes, muy comunes a partir de ese momento en todos los escenarios posbélicos: «Las represalias extralegales emprendidas contra los vencidos, la represión legal llevada a cabo bajo el amparo de la ley, y el sufrimiento y mortalidad experimentados por los prisioneros rojos»<sup>[4]</sup>.

Ya durante la guerra, el terror había constituido un rasgo constante del comportamiento de los dos bandos. Alrededor de dos mil personas fueron asesinadas en cada uno de ellos, al margen de los muertos en las batallas militares. Cuando el final de la guerra se aproximaba y los grupos armados rojos iniciaron una retirada caótica, el régimen de terror blanco emergió por todas partes. Desde el 28 de abril al primero de junio de 1918 el número de asesinatos ascendió a 4745, la mitad aproximadamente de todos los asesinatos sufridos por el bando vencido. Durante la primera semana después de la guerra, los blancos ejecutaron una media de doscientos ciudadanos por día. En total, hubo al menos 8380 asesinatos «ilegales» de rojos.

El método de asesinato fue una combinación de matanzas arbitrarias y de ejecutados por decisiones de tribunales militares nombrados sobre la marcha. El proceso, típico del día después de muchas guerras y revoluciones, fue completamente arbitrario y las víctimas no fueron necesariamente ni los militantes socialistas más destacados ni los acusados de perpetrar el terror rojo. En palabras de Upton: «La base de la purga fue tanto social como política; los dirigentes de la burguesía aprovecharon la oportunidad, en sus comuni-

dades locales, para deshacerse de los alborotadores y de los subversivos, e inevitablemente muchas venganzas personales se saldaron en ese proceso».

Murieron también unos 12 000 prisioneros, de los aproximadamente 82 000 que habían encarcelado los vencedores, en prisiones y campos de concentración, la mayoría de ellos como consecuencia del hambre, desnutrición y de las enfermedades que normalmente las acompañan.

El terror blanco tuvo, por consiguiente, enormes consecuencias en Finlandia. En un país de 3 100 000 habitantes, las ejecuciones y las muertes en prisiones sumaron 20 000 personas, unas diez veces más que en la guerra civil de Irlanda de 1922, combatida en un territorio con una población similar a la de Finlandia. Además de esas muertes, decenas de miles de trabajadores fueron encarcelados, perdieron sus derechos y fueron perseguidos por patronos hostiles y por las fuerzas de seguridad del Estado. Al Partido Social Demócrata se le impidió participar en el sistema político y el Partido Comunista de Finlandia, fundado por exiliados en Moscú, fue declarado ilegal<sup>[5]</sup>.

La contrarrevolución y el terror, sin embargo, no duraron. Los órganos «legales» de represión fueron creados muy pronto y pronto también se acabó con la represión «ilegal». El 29 de mayo de 1918 fue aprobada una ley que estableció tribunales especiales. Después de esa fecha, los asesinatos descendieron drásticamente y, en realidad, sólo el cinco por ciento de las personas llevadas ante esos tribunales fueron ejecutadas.

Finlandia tuvo los aires internacionales a su favor y «de la misma forma que la constelación de poderes internacionales había contribuido decisivamente a la situación revolucionaria, influyó también en el sistema político de posguerra»<sup>[6]</sup>. La derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial dejó a las fuerzas de la reacción finlandesas sin el aliado que más había contribuido a que ellas obtuvieran la vic-

toria en esa guerra civil. Las presiones de los países de la Entente, con Gran Bretaña a la cabeza, metieron a Finlandia en la ruta democrática. Ya en 1919 se celebraron elecciones generales, una de las condiciones que las potencias democráticas habían puesto para el reconocimiento de la independencia de Finlandia. Ese mismo año, fue aprobada una constitución republicana y un liberal fue elegido presidente con el apoyo del Partido Socialista. Desde ese momento, los socialistas fueron tolerados y apenas ocho años después de la guerra, en 1926, ya pudieron formar un gobierno de minoría<sup>[7]</sup>.

Tampoco la derecha vencedora en la guerra civil griega tenía la intención de establecer allí un régimen político democrático. Durante las últimas etapas de la guerra, alrededor de 140 000 personas tuvieron que marcharse al exilio. Unos 12 000 ciudadanos murieron en el bando de la izquierda durante los combates de 1946–1950, aunque no existen cifras exactas de los asesinatos perpetrados por el terror derechista. A finales de 1949, el gobierno admitía que había 50 000 prisioneros en cárceles y campos de concentración en un país que no llegaba a los ocho millones de habitantes.

Las ejecuciones ordenadas por consejos de guerra cesaron muy pronto y, según las fuentes oficiales, el número de prisioneros políticos cayó notablemente, desde 10 089 en enero de 1952, a 5396 en noviembre de 1955. Tras el levantamiento de la ley marcial, hubo elecciones generales en marzo de 1952. La Grecia de posguerra se basó sobre una fuerte Monarquía, una iglesia nacional respetada, un arcaico sistema educativo y una negación sistemática del comunismo. En realidad, el derrotado Partido Comunista fue declarado ilegal y sus seguidores y simpatizantes fueron acosados y perseguidos. No obstante, la existencia en Grecia de un sistema parlamentario «restringido», o un régimen «cuasi parlamentario», como lo denomina Nicos P. Mouzelis, permitió al Partido Comunista guiar desde el exi-